



EL SISTEMA



1. Infancia y despertar

No escribo esto para que me entiendan.
Lo escribo porque por fin empiezo a entenderme a mí mismo.

Desde chico supe que era distinto.
No “distinto” de una forma que llamara la atención. No con conductas raras. No con un rótulo fácil de reconocer.
Yo era callado. En pensamientos. Soñando, sin razón. No para escapar, sino porque en silencio percibía cosas que los demás no veían.

Y eso no se entendía.
Soñar se traducía en “ausente”. Mi lentitud en “no presta atención”.
Y así me pusieron un sello. No porque hiciera algo mal, sino porque no calzaba.
Primero “muy juguetón”, después “difícil de ubicar”. Al final: “no apto”.

Lo que nadie dijo, pero que mucho más tarde entendí: algunos niños se desarrollan fuera del calendario.
No van atrasados, van distintos.

Pero los sistemas no ven esa diferencia. Miden velocidad, no profundidad. Miden resultados, no potencial.
Y quien se sale del ritmo, poco a poco es empujado fuera del cuadro.

2. El choque con el “sistema”

En Holanda, en la escuela básica, te someten a una prueba: la Cito-toets.
Esa prueba no solo define el nivel que tendrás, sino también qué puertas se abren.
Se llama “consejo escolar”, pero funciona como filtro.

Lo que muestras en ese momento cuenta como verdad. Lo que aún no muestras, no cuenta.
Ese es el corazón del “sistema básico”.
No te preparan para pensar ni para descubrir, sino para rendir.
Te programan. Y eso ya desde la primaria.

Se mide desempeño. Y si en ese momento no rindes según lo esperado, (salvo excepciones) no hay investigación.
No hay más tiempo. Nadie pregunta por qué.
Te bajan en silencio.

La sala de clases no es un espacio de desarrollo, es una antesala de selección y carnicería.

Después de la primaria viene la secundaria. Tienes unos 12 años y pasas al siguiente nivel.
Y el sistema sigue desde donde quedó.

Ahí sigue mi historia. Tenía 12 y entré a un colegio al que tanto quería ir.
Pero mi ritmo era distinto. Mi pensamiento menos directo, pero más profundo.
Y eso no sirve en un sistema que depende de promedios grupales, porcentajes de avance y control.

Mi presencia se volvió un problema. No porque molestara, sino porque no era lo suficientemente productivo dentro del ritmo.
Yo atrasaba la línea, pero mi mente ya era más compleja que la de mis compañeros.

Hacía preguntas que no estaban en el programa. Encontraba conexiones que no eran bienvenidas.
Empecé a influir en lo que otros veían, en lo que mis compañeros empezaban a percibir.
No fuerte. No rebelde. Solo pensando, compartiendo, bromeando.

Y eso es precisamente lo que el sistema no tolera: cuando un niño desarrolla conciencia antes de tiempo, de una forma que no cabe.

Mi profesor jefe quería sacarme. Porque el sistema les enseñó a seleccionar de inmediato. Mis padres fueron informados y llegó un consejo: trasladarme a otro colegio. Sin otra prueba. Sin ayuda. Sin preguntas. El profesor jefe quería que me fuera.

El protocolo giró como siempre: lo que no calza, se expulsa. Me bajaron de nivel y me trasladaron.

Mi desarrollo fue frenado y destruido. Terminé en otra secundaria, obligado a seguir en un nivel inferior (de nivel 4 a nivel 2). Sin motivación, pasé todo ese tiempo sin estudiar.

3. La arquitectura del sistema

Ahora, con 36 años, entiendo lo que entonces no podía comprender.

No era culpa de ese profesor. Ni de un colegio. Ellos solo siguen lo que aprendieron: el sistema.

Es culpa del diseño en su totalidad. El diseño del sistema que existe en Holanda. Holanda, el gobierno, el Estado, son el sistema.

El sistema educativo holandés no está construido para el desarrollo, sino para filtrar. No para crecer, sino para controlar. No para formar personas, sino para producir participantes útiles.

Útiles mediante filtros, y en verdad: mediante carnicería.

Y para esa producción se quiere un perfil específico: predecible, obediente, funcional dentro de estructuras. Todo lo que quede afuera —niños con pensamientos inusuales, soñadores profundos, desarrollos lentos— se convierte en riesgo.

Porque ellos hacen preguntas. Buscan conexiones. Piensan por sí mismos. Y pueden ser críticos, pero no del modo que la escuela enseña.

No críticos dentro de los márgenes de una tarea aprobada. No ese tipo de “pensamiento crítico” que se califica con nota y rúbrica.

Sino críticos de verdad. Con capas. Independientes. Fundamentados. Porque pensar por uno mismo va más allá de la crítica de manual.

Pensar por uno mismo significa: reconocer propaganda, ver a través del framing, atreverse a preguntar lo que no está en el horario.

Esto va más allá de la filosofía enseñada en la escuela. No es un debate seguro sobre Platón o Descartes, cerrado con un resumen. Son preguntas existenciales que no terminan en una prueba, sino en una incomodidad: que el sistema en Holanda mismo es el problema.

Y eso no cabe.

Así que los van silenciando por fases: subestimados, puestos en niveles bajos, malinterpretados. Se les da “apoyo”, no para que florezcan, sino para que marchen al ritmo.

Y si no funciona, llega la etiqueta: difícil, distinto, alumno con problemas.

Algunos reciben medicación. Otros simplemente desaparecen.
No por falta de inteligencia, sino por falta de espacio.

Son eliminados antes de desarrollarse.
Como en una máquina que selecciona pollitos y manda a la trituradora a los “equivocados”.
No personal. No consciente. Pero mecánico. Sistémico.

Y ahora estamos en un nivel aún más alto.
Y el sistema lo aplaude.

¿Qué tan popular se volvió tener un diagnóstico?
¿Cuántas veces escuchas: “Tengo TDAH” o “Tomo Ritalin porque si no, no me resulta”?
Como si fuera bacán. Como si fuera parte de ti.

Se celebra. Eres cool si te sometes.
Pero mientras tanto, ya te sometiste. O dejas que tu hijo se someta al poder, en lugar de que simplemente sea él mismo.
Su persona real. Su forma natural.

Ya ni la diferencia es libre: está institucionalizada.
Con tal de que la aceptes, la reconozcas, la mediques.

Lo que antes era resistencia, ahora es identidad.
Pero siempre dentro de los límites del control.

El sistema se deshace de ti, no por incapacidad, sino por diseño.
Porque un niño que aprende a pensar solo antes de tiempo, con los años se vuelve una amenaza para todo.
No solo para el sistema educativo, sino para el sistema completo que depende de obediencia, patrones de conducta y adaptación codificada.

Y por eso lo bloquean.
No abiertamente. No con fuerza. Sino sistémicamente.
En silencio, estructurado, irreversible.

4. La sociedad obediente

Holanda no produce pensadores.
Holanda produce estructura y control.

Y dentro de eso, la educación funciona como la primera fábrica.

Los niños no son formados para ser ellos mismos,
sino amaestrados para participar.

Como un perro que debe obedecer. No porque entienda lo que hace,
sino porque sabe lo que pasa si se niega.

Aprenden a obedecer el ritmo, el juicio, el protocolo.
Aprenden a desviarse solo dentro de márgenes permitidos y nada más.

Quien hace preguntas, es frenado o removido.

Quien no calza, se redefine como problema.
Y quien sigue desviándose, desaparece lentamente en los márgenes.

No visible. No dramático. Solo en silencio.

Así, la sociedad recibe exactamente lo que pide:
gente que cree que seguir es normal,
que la obediencia es una virtud,
que la adaptación es requisito del éxito.

El lema que todo niño holandés aprende: "Haz lo normal, ya es bastante raro".
La frase esclava por excelencia.

No hay espacio para la singularidad, solo para variaciones controlables.

Todos deben ser iguales.
Todos deben vivir igual.
Todos deben comer lo mismo.
Todos deben seguir la misma ruta vital:
nacer –
ser sometido y estructurado –
cumplir tu rol sometido –
y mientras tanto alimentar al sistema:
con tu hipoteca, tus nuevos hijos, tus impuestos,
tu participación en una democracia sin verdadera variación,
hasta el final: morir según plan.

Para que un grupo pequeño se beneficie.

Porque este sistema no surgió. Fue diseñado.
Consciente. Lentamente, por años. Refinado cada vez más.

Y mientras tanto, como holandés, te hacen creer que eres inteligente.
Que eres libre.
Que eres mejor que cualquier otro pueblo en la tierra.

Eso te enseñaron.

Pero no eres libre.
No eres autónomo.
No eres más que carne entrenada.

5. El darse cuenta

El sistema existe.

Pero lo que fue diseñado, puede ser rechazado.
La conciencia puede redescubrirse.
La libertad puede recuperarse.
No afuera, sino dentro de ti.

¿Es esto lo que quieres para ti?
¿Es esto lo que quieres para tus hijos?

¿Un futuro sin futuro?

¿Una vida en calendario?

¿Una identidad a cambio de buen comportamiento?

¿Un mundo donde ser distinto no tenga espacio, sino solo corrección?

No vives para ti.

Vives para que un grupo pequeño tenga y mantenga poder.

¿Hasta cuándo?

¿Y hasta dónde?

Pascal Becker Hoff

— mayo 2025

© Pascal Becker Hoff. Uso personal permitido.

Para publicación, copia o uso comercial, solicita permiso primero.

Registrado en la BOIP – i-DEPOT N° 155199

